

# SINGULARIDAD

De Luis Zurriaga

1. f. Cualidad de singular.

2. f. Distinción o separación de lo común.

RAE

Llegó sin avisar. Como llegan las cosas que se esperan, y las que no se esperan. Era una mujer, una mujer joven con los cabellos dorados y el universo en la mirada. El cosmos en el iris azul, y en la negra pupila un agujero negro.

El mundo estaba agonizando. Y justo entonces, ella me rescató, nos rescató a todos. Ella era la Esperanza, el cambio. Porque llevaba un colgante, un artefacto que contenía materia exótica, y los científicos creyeron que a partir de su estudio lograrían detener el colapso. Y ella, si la encontraban y la encerraban en una habitación para interrogarla, venía a mí. Siempre lo hacía. La llamaron Singularidad, porque dijeron que procedía de una ruptura del espacio-tiempo. Yo me limité a llamarla Sin.

Nos amamos, o por lo menos yo la amé. La amé como pensaba que no podría volver a amar, como no sabía que podía llegar a amarse. Y a ella le gustaba que la abrazara, que le susurrara en el oído, que la cubriera de besos. Aunque a veces era fría como el vacío estelar, y otras ardiente como una supernova.

Sus dedos me recorrían el rostro, lánguida como una estrella moribunda, y sus lágrimas eran galaxias de tristeza, cuajadas de constelaciones en las que leía mi vida, mi insignificancia. Todo lo que no había hecho, todos los caminos que podría haber tomado y sus infinitas consecuencias. Y maldije mi humanidad porque mi condición me limitaba. Una mente primitiva confinada en un cuerpo físico. Atrapado en el tiempo y el espacio. Yo quería ser alma, ser libre, abarcar el infinito.

Lloré con ella amargamente. Lloramos juntos. Por los humanos, por los animales y por nosotros. Ella por ser lo que era, y yo por no serlo. Por no ser singular, por no encerrar un universo en la mirada.

El colapso llegó, porque era inevitable. Porque todo es finito. Hasta el tejido que sostiene a los cuerpos celestes, que rige sus leyes, puede rasgarse, y lo hizo. Por eso estaba aquí, por haber, de algún modo, atravesado un horizonte de sucesos. Aunque era imposible. Pero ¿acaso no es imposible todo lo que damos por hecho?

La Tierra, pero no solo la Tierra, también el universo se colapsó. Y morimos todos. Pero ella... ella no procedía de una singularidad; ella *era* una singularidad, y tenía un universo en la mirada. Para eso había venido de otro mundo, de un espacio fuera del espacio. Para liberar ese universo. Porque muchos espíritus necesitábamos completar nuestro viaje, y un soporte físico era indispensable para conseguirlo. Ella se sacrificó. Y quizá ya lo había hecho antes y volvería a hacerlo. No era el cambio, sino la transformación; el renacimiento. Ella era un multiverso.

Tenía el universo en la mirada. El cosmos en el iris azul, y en la negra pupila un agujero negro. La llamaron Singularidad. Pero no era un nombre, era una definición.